

Capitalismo, Agroecología, y Transformación Agraria:

Un llamado radical a mis colegas agroecólogos

Eric Holt-Giménez, SOCLA Norteamérica,
Ponencia Magistral, Congreso SOCLA 2018, Guayaquil, Ecuador

¿Por qué hablar de capitalismo en un foro agroecológico? Aquí es donde se toca temas de alelopatía y comensalismo, de micelios y nódulos, y de la diversidad y la resiliencia, y si realmente los cultivos asociados producen más que los monocultivos. Pero yo creo que todas las personas que quieren cambiar el sistema alimentario—quienes luchan contra el hambre y la destrucción ambiental, como quienes proponen alternativas a la agroindustria—necesitamos saber sobre el capitalismo, por el hecho que vivimos en un sistema alimentario capitalista. Si lo queremos transformar tenemos que entenderlo a fondo. ¿Cuáles son sus contradicciones y puntos débiles? ¿Qué oportunidades ofrecen sus crisis cíclicas para introducir cambios?

De hecho, no empezarías un estudio de un agro-ecosistema sin conocimientos básicos del sistema mismo, o sin una orientación sobre los principios agroecológicos. El hecho es que de alguna manera el capitalismo busca colonizar todos los aspectos de nuestras vidas. Sin embargo, muchos de nosotros tenemos escaso conocimiento del sistema capitalista.

En parte esto se debe a que concentramos mucho esfuerzo científico en los problemas más urgentes que la agroecología enfrenta en la producción y el ambiente: La sequía, los brotes de plagas, la degradación del suelo, y la tala del bosque... También, hay todo un mundo agroecológico que aún desconocemos en las interacciones y relaciones complejas entre suelo, bacterias, raíces, nutrientes, atmósfera... por las cuales nuestros departamentos universitarios nos exigen resultados tangibles y cuantificables, con valores de probabilidad de certeza del 0.02. Como la mayor parte del financiamiento estatal para la investigación se destina a la agricultura convencional, debemos pasar gran parte de nuestro tiempo buscando fondos para realizar hasta las más sencillas investigaciones... en fin.

Pero nuestra razón de ser—de hecho a que debemos nuestra ciencia—son los y las productoras. Ellos batallan constantemente con el sistema capitalista. A diario enfrentan no sólo los problemas históricos como la pobreza, el hambre, el derecho a la tierra y el acceso al agua; sino también tienen que enfrentarse con un mercado volátil y hostil, con la invasión industrial de los transgénicos y la palma africana, la

soja y la minería, y con otros proyectos nefastos del capitalismo (como los agro-combustibles) que nos conducen a la ruina agraria—y por tanto la destrucción de la Madre Tierra. Los y las campesinas e indígenas siempre han resistido la embestida del capitalismo con las armas que tiene a la mano: su saber, su fuerza de trabajo, su cultura y su comunalidad, y con sus organizaciones que cada día están más fuertes.

Por esto, considero que en el momento en que los biólogos, entomólogos y ecólogos empezaron a observar y comprender los principios de la agroecología dentro los sistemas ancestrales de producción; en el momento cuando un agroecólogo cedió su dominio sobre el saber y aceptó ser alumno de una campesina o del indígena que supuestamente estaba estudiando; en este momento la agroecología dejó de ser sólo una ciencia y pasó a ser parte de la resistencia.

Gracias a un diálogo de saberes abierto por campesinos e indígenas, la agroecología se ha convertido en un movimiento mundial, con una canasta comunitaria enorme de prácticas y conocimientos, acciones y descubrimientos. No obstante los esfuerzos bien financiados de los que quieren integrar la agroecología a la agricultura capitalista como si fuera una colección más de técnicas sin historia, o un cuerpo de conocimiento sin trayectoria, la agroecología se ha convertido no solo en la antítesis—sino en el adversario—de la agricultura capitalista.

De hecho, hay razones estructurales e históricas por qué la agroecología y el capitalismo se están enfrentando actualmente. Para entenderlos hay que abordar la *Cuestión Agraria*: O sea, el papel de la agricultura en el desarrollo del capitalismo y el potencial político de la clase campesina en la transformación social.

La Cuestión Agraria

“¿Quién decide cómo será extraída la riqueza y a quién pertenecerá? ¿Será al consumidor? No. ¿Será al trabajador? No. Será al capitalista. Es por eso que el sistema se llama capitalismo, y no *trabajadorismo*.

¿Quién posee qué? ¿Qué hace cada quién? ¿Qué recibe cada uno? ¿Qué hacen con esto? Son las preguntas de la economía política—para el estudio del capitalismo.

Ubicando estas preguntas en el campo, en 1899 el filósofo checo-alemán Karl Kautsky escribió *La Cuestión Agraria*, donde reflexionó sobre el papel de la agricultura en el desarrollo del capitalismo en el siglo XIX. Kautsky creía que la agricultura campesina era inferior a la agricultura industrial y estaba destinada a

desaparecer en lo que él denominó la “transición agraria”. Él pensaba que algunas granjas campesinas podrían permanecer bajo el capitalismo ya que las familias campesinas se “auto-explotaban” para producir alimentos a un costo de mano de obra menor al salario agrícola. Por eso eran capaces de competir con la agricultura industrial que debía pagar salarios completos. Pero, a causa de los nuevos impuestos y la destrucción de los comunes por parte de los terratenientes, los campesinos también necesitaban dinero y fueron obligados a vender su mano de obra. El campesinado ofrecía una fuerza de trabajo inexhaustible y barata. No solo eso, sino también producía un excedente alimentario que vendía a bajo costo. La combinación de la comida y la mano de obra barata del campesinado fue un subsidio enorme a la industria. Sin el campesinado, la famosa Revolución Industrial probablemente hubiese sido solo un curioso disturbio inglés.

La apropiación de la plusvalía campesina por la industria se repetirá una y otra vez, en combinación con otros métodos capitalistas de extraer y acumular valor, como son el genocidio, la esclavitud y el despojo imperial de territorios enteros. Después de la II Guerra Mundial, la campaña capitalista para la industrialización de la agricultura denominada la “Revolución Verde” también se apodera de la comida y mano de obra campesina en un proceso llamado “el dualismo funcional”.

Pero Kautsky se equivocó sobre la desaparición de campesinado, e ignoró que el valor del producto y la mano de obra campesina iba a ser fundamental para el desarrollo del capitalismo agrario como punta de lanza de la colonización occidental.

Veinte años después de Kausky, el agrónomo ruso Alexander Chayanov ofreció otra tesis agraria basada en la lógica campesina de producción y reproducción. Él declaró que la desaparición del campesinado era una ilusión estadística alimentada por la ignorancia sobre las dinámicas internas de la producción campesina y de la forma en la que las familias campesinas crecen, se dividen y crecen nuevamente a lo largo de generaciones. Concluyó que los economistas estaban equivocados al considerar las granjas campesinas como si fueran empresas capitalistas subdesarrolladas, remarcando que en lugar de buscar lucro, las familias campesinas se esfuerzan por conseguir un balance entre la cantidad de miembros de la familia y la cantidad de comida que se necesita para mantener a la familia. Ellos podrían vender algunos de sus bienes en el mercado pero tratarían de evitar los riesgos del mercado. Él creía que en buenas condiciones, los campesinos podían ser tan productivos como la agricultura industrial.

Los debates sobre la “cuestión agraria” fue un tema de vida o muerte para millones de campesinos en el siglo XX, cuando tanto los países capitalistas como socialistas se industrializaron en base a la plusvalía campesina. Pero también tenían que expulsar del campo grandes masas de campesinos—de las mejores tierras, por supuesto—para abrir espacio a la agricultura industrial. Esto se logró con una combinación de las fuerzas del mercado, políticas regresivas, hambre, violencia y terror. Sin embargo, los gobiernos tuvieron enormes dificultades con esta tarea. Las personas rurales se esforzaron obstinadamente en mantener sus granjas, sus pueblos y su forma de vida. A pesar de la reputación de ser conservadores, violentas rebeliones campesinas por la tierra y contra la injusticia fueron comunes en la historia moderna. Las grandes guerras por la libertad—la mayoría contra el capitalismo—fueron combatidas por campesinos en México, China, Argelia, Vietnam y Cuba.

Las contradicciones de la alimentación capitalista

La acalorada Cuestión Agraria de los siglos XIX y XX—y el rol de los productores de pequeña escala en la sociedad—ha persistido hasta hoy. El tema de cómo, cuándo o si la producción en pequeña escala desaparece o debería desaparecer, aún no se ha resuelto. Esto se debe a que, a pesar de la industrialización agrícola generalizada y del desplazamiento masivo del campesinado, el mundo tiene actualmente tantos campesinos y granjeros de pequeña escala como hace un siglo. Más del 70% de los alimentos del mundo son producidos por pequeñas granjas familiares en menos del 25% de las tierras cultivables del planeta. Esto incluye el 10% de los alimentos que se produce en predios urbanos. La mayoría de estos agricultores son mujeres, son pobres y dan de comer a la gente pobre. No obstante, ellas representan alrededor del 70% de las personas con hambre en este mundo. Repito, las mujeres, que dan de comer al mundo, son las que más hambre sufren.

Este dato refleja la violencia estructural de género del sistema alimentario capitalista: Durante la crisis alimentaria de 2009, murieron de 1 a 2 niños varones por 1000 nacidos, niños que hubieran vivido si la economía no hubiera estado en crisis. La muerte de niñas fue 7 a 8 más por 1000 nacimientos. El hecho que, en el siglo XXI durante períodos de crisis, mueren de cuatro a ocho más niñas que niños, debe llamar la atención, el mundo está lejos de alcanzar la equidad de género.

Comprender estas contradicciones es imposible sin entender la forma cómo el capitalismo interactúa con nuestro sistema alimentario. El 30% de los alimentos

del mundo que *no* son producidos por pequeños agricultores, se producen en enormes operaciones altamente capitalizadas de agro-negocios industriales. Estas fincas tienen economías de gran escala que les dan ventaja en el mercado global. Actualizan constantemente sus tecnologías y cultivan áreas cada vez mayores para mantenerse competitivas. Este es un magnífico negocio para las multinacionales que suministran semillas, fertilizantes, pesticidas, y equipo agrícola. También es un buen negocio para grandes compradores de productos agrícolas, especialmente los grandes comerciantes de granos como Cargill y Archer Daniels Midland (ADM) que ganan sólo centavos por tonelada de grano comercializado y necesitan comprar y vender miles de millones de toneladas para obtener ganancias.

La Primera Contradicción del Capital: explotación, sobreacumulación, despojo

Desde hace medio siglo, el mundo produce más comida de lo que los seres humanos podríamos comer—si se dividiera de manera equitativa. Durante décadas el incremento per cápita de los alimentos ha sido el 12% anual, mientras la tasa de crecimiento demográfico se estancó en 2%. Mucho se habla de que hay que incrementar la producción de alimentos en 70-100% para el año 2050 cuando seremos 10 mil millones, la verdad es *¡que hoy ya producimos suficiente comida para 10 mil millones!*

El hambre no se debe a la falta de comida. La gente pasa hambre cuando no pueden comprar la comida que se produce. Por eso, aún con tanta producción, casi un tercio de la humanidad sufre hambre y desnutrición—pero no es por falta de producción. Al contrario, *el hambre es producto de la sobre-producción capitalista.*

La sobreproducción es un fenómeno integral al sistema capitalista. Inunda los mercados con mercancías—incluyendo los alimentos. Esto baja los precios al agricultor. Los agricultores capitalistas tienen préstamos de producción y costos fijos muy altos. Cuando sus márgenes de ganancia se reducen por el exceso de producto en el mercado, ellos responden produciendo más en un esfuerzo de recuperar sus pérdidas. Esto sólo contribuye a la sobreproducción. A la larga, para sobrevivir económicamente, el agricultor capitalista busca más préstamos y compra más tierra, y consigue nueva tecnología, desalojando y llevando a la bancarrota a los pequeños agricultores. Esto resulta en pobreza—la causa fundamental del hambre.

Sin embargo, a pesar de su gran tamaño, existe una cantidad limitada de tecnología que estas enormes fincas pueden comprar. Los mercados de insumos: fertilizantes, pesticidas, herbicidas y maquinaria se saturan. Cuando se saturan, hay dos opciones para que la agroindustria resuelva su crisis de sobreproducción:

- 1) las fincas deben crecer aún más (creando así una demanda de maquinaria agrícola nueva más grande y más tecnologías que ahorren mano de obra).
- 2) Los campesinos y la agricultura de minifundio deben adoptar pequeños paquetes tecnológicos de semillas, fertilizantes y pesticidas.

Los agro-negocios son empresas capitalistas. Necesitan crecer constantemente. Por esta razón, detrás de sus promesas de “alimentar al mundo”, los agro-negocios están ansiosos por aumentar su proporción del mercado mediante la expansión de la agricultura industrial a gran escala. Buscan colonizar el 70% del mercado de alimentos que todavía producen los y las agricultoras campesinas. La supuesta batalla mundial contra el hambre es en realidad una lucha capitalista por apoderarse del mercado campesino.

Pero, dirán los jefes de los programas de desarrollo agrícola: “Estamos modernizando el sector campesino, ofreciéndoles la mejor tecnología, el crédito y acceso a mercados globales”. La experiencia con la Revolución Verde nos enseñó que estos mecanismos capitalistas no son más que instrumentos para su transición agraria donde contemplan la desaparición del campesinado.

Pero actualmente, también quieren mucho más que esto.

El capitalismo del siglo XXI se ha visto frustrado por décadas de estancamiento económico. La agricultura minifundista ofrece un sector para la expansión de mercados.

Aunque el crecimiento económico global puede ser lento, la capacidad adquisitiva de casi 4 mil millones de personas pobres en la “base de la pirámide” económica, que están creciendo a un ritmo del 8% anual. Los pobres crecen más que la economía global. Este crecimiento representa para el capital un enorme mercado potencial. Pero, ¿qué puedes vender a personas que son demasiado pobres para comprar un teléfono inteligente, televisiones de pantalla plana y carros eléctricos? *Comida procesada.* ¿Qué puedes vender a 2.5 mil millones de agricultores que alimentan a los pobres? *Pequeños paquetes de semillas, fertilizantes y pesticidas.* La base de la pirámide no sólo es atractiva para el capital global, sino que es esencial para su sobrevivencia. La ironía no declarada detrás del empuje por una

nueva Revolución Verde es que responde a las necesidades de los ricos, no a la necesidad de los pobres.

La Segunda Contradicción del Capital: Destrucción de la base ecológica de la producción

La sobreproducción capitalista no solamente produce hambre y pobreza, sino que ha globalizado la comida chatarra, malgasta los recursos naturales, destruye la agro-biodiversidad, monopoliza el 90% de agua potable y genera el 30% de los gases invernaderos.

Como respuesta, la agricultura capitalista promueve la “intensificación sostenible” como solución. Según la FAO, “La intensificación sostenible es una forma de producción en la que los rendimientos aumentan sin impactos adversos al ambiente y sin cultivar más tierra”.

Estos principios se aplican a todo tipo de finca, grande o pequeña, del Norte y del Sur, pobre o rica, y supuestamente sirven para mujeres u hombres. La intensificación sostenible abarca todas las formas de producción, incluyendo nanotecnologías, agricultura de precisión, pesticidas, transgénicos, fertilizantes comerciales, cultivos orgánicos, la agroecología y permacultura—siempre y cuando produzca más cantidad en menos tierra, sin aumentar los impactos negativos al ambiente. La intensificación sostenible considera una forma particular de producción como un hecho y luego, sobre esto trata de mejorar. Evita hacer comparaciones o abordar los conflictos entre una forma de agricultura y otra. No define umbrales de sostenibilidad.

De esta forma, la intensificación sostenible no aborda el *modo* de producción (capitalista), la distribución inequitativa de los *medios* de producción (tierra, mano de obra, capital) ni la desigual *distribución* del ingreso. Más bien, hace un llamado a realizar cambios tecnológicos a las *técnicas* de producción capitalista. La premisa subyacente es que la manera en la cual apliquemos las nuevas tecnologías agrícolas (o los cambios en la manera como aplicamos las tecnologías existentes), son suficientes para solucionar el problema del hambre, la degradación ambiental, y el cambio climático. Se espera que esto conlleve a la innovación que eventualmente solucionarían los problemas, porque ahora esto es lo mejor que podemos pedir de la agricultura capitalista.

La intensificación sostenible reafirma y normaliza la agricultura capitalista, evita abordar la manera cómo el capitalismo favorece algunas formas de producción en lugar de otras, e ignora cómo algunas formas pueden explotar a otras. Por ejemplo, la agricultura a gran escala de forrajes y combustibles, deja a muchos pequeños productores sin trabajo. La agricultura por contrato entrampa a los agricultores en una relación servil de deuda, sin importar cuán sostenible sea la intensificación. Los monocultivos a gran escala y la alimentación intensiva de animales confinados encajan bien en el marco de la intensificación sostenible. Todo lo que tienen que hacer es disminuir la huella ecológica de sus pozos de estiércol y ser más eficientes con las tremendas cantidades de químicos, antibióticos, agua y energía que consumen. La calidad de los alimentos y de la dieta de los consumidores no les preocupa, tampoco la concentración de poder y riqueza de los monopolios que proveen semilla, fertilizantes, pesticidas y servicios a la industria agrícola.

Pero ¿no sería mejor que todas las fincas produjeran más comida usando menos tierra y fuesen más sostenibles? Bueno, talvez. Pero acaso ¿queremos mantener la alimentación intensiva de animales confinados, la agricultura por contrato y los monocultivos en enormes fincas? ¿No deberíamos apostar por las fincas agroecológicas a pequeña escala que ya están teniendo altos rendimientos usando prácticas que funcionan en equilibrio con el ambiente y redistribuyen la riqueza entre el sistema alimentario?

La intensificación sostenible invisibiliza no sólo el enfrentamiento entre el campesinado y la agroecología con la agricultura capitalista. También nos desvía la atención de la Nueva Transición Agraria capitalista que ahora está en curso.

La Nueva Transición Agraria

Desde la semilla hasta el plato, el sistema alimentario se está preparando para una mayor intensificación. Las actuales técnicas de ingeniería genética han superado por años luz las crudas tecnologías de las previas transgénicas. Ahora permiten una manipulación directa del ADN sin tener que recurrir a transferencias genéticas imprecisas y caras. Se puede descargar un “mapa genético” de internet y usarlo para manipular directamente el ADN, cambiando el sendero metabólico para expresar cualquier característica fenotípica, no sólo para producir semillas, sino también para *hacer cualquier tipo de forma de vida*. Lo que antes únicamente se soñaba hacer con el ADN, ahora se puede hacer con el ADN. Las nuevas

tecnologías colapsan el proceso y reducen el tiempo entre concepción y comercialización. Y son accesibles a cualquier biólogo molecular.

Las corporaciones están invirtiendo en “agricultura digital”, en la cual grandes cantidades de información sobre ambiente, clima, suelo y cultivos son cuidadosamente registradas por satélites, luego son analizadas y vendidas a los agricultores, permitiéndoles aplicar insumos con gran precisión. Todas las principales corporaciones de la cadena alimentaria, desde Monsanto, John Deere y Cargill a Nestlé, Walmart y Amazon están usando estos grandes sistemas de datos.

El control integrado de información genética y ambiental aumenta la tendencia a consolidar tierras y corporaciones: vean la fusión corporativa entre Syngenta, ChemChina, Monsanto, Bayer, Dow y DuPont que controlan 51% de las semillas y 72% de pesticidas comerciales. Otro ejemplo de consolidación corporativa es la compra que en 2017 realizó Amazon de la lujosa cadena de supermercados de alimentos orgánicos Whole Foods. En guerra declarada con el modelo Walmart, Amazon está planeando vender alimentos a través de enormes centros de abastecimiento para ser entregados por taxis de alimentos y drones. Los nuevos almacenes de Amazon, *Amazon Go* estarán completamente automatizados, permitiendo a los consumidores caminar por el almacén seleccionando productos y salir sin pasar por la caja registradora. Una aplicación de teléfono inteligente registrará su compra y lo cargará a la tarjeta de crédito.

Y ¿qué podrán encontrar en el almacén? Productos alimenticios elaborados con ingredientes mercantilizados con niveles levemente más bajos de grasas saturadas, sodio y azúcar, pero ahora fortificados con micronutrientes y *fitonutrientes* compuestos de plantas para prevenir enfermedades. La Nestlé, pionero de la fortificación iniciada hace 150 años—y el mayor monopolio a nivel mundial de alimentos empacados—le venderá un “chip saludable” para implantarlo bajo su piel. El chip medirá sus niveles de nutrientes y se comunicarán por satélite con su médico y su teléfono inteligente, confeccionando su lista de compras indicando qué productos (Nestlé) fortificados debe comprar—tal vez una pizza congelada anti-Alzheimer o un bocadillo caliente contra el cáncer.

Toda la presión financiera y estructural de la industria agro alimentaria multi-billonaria nos lleva a mayores niveles de producción y capitalización. Semillas, insumos, maquinaria, financiamiento, seguros, nanotecnología e información masiva entregarán mayores y mayores lotes de productos uniformes para los

estantes de los supermercados. Y los monopolios tendrían que ser aún mayores y más concentrados.

La transición agro alimentaria exacerbará la primera y segunda contradicción del capitalismo: inequidad con el trabajador que tendrá menor poder de compra para absorber todo lo que es producido, y estragos ecológicos resultado de la inhabilidad del sistema para relacionarse con el ambiente de manera saludable. En el primer caso, paulatinamente se irá eliminando la mano de obra, no sólo mediante la automatización en el Norte y en las economías emergentes, sino también sacando a grandes porciones de población rural pobre, un tercio de la humanidad, fuera de sus tierras mediante el acaparamiento de tierras y la industrialización de la agricultura en el Sur. La intensificación de la sobre producción llevará a mayor producción de gases de efecto invernadero, mayores pérdidas de agro biodiversidad y mayor contaminación de las aguas, suelo y diversidad genética, de esta forma acelerando la segunda—ecológica—contradicción del capital. ¿Dónde encontrará trabajo la gente de campo?

Llevada a su lógica conclusión, una nueva transición agraria capitalista despoblará el área rural y consolidará la producción agrícola en manos de unas 50,000 megafincas alrededor del mundo. Esto podría abastecerlos con alimento industrial, pero no dará empleo a los 2.5 mil millones de familias campesinas viviendo en el área rural. Esta gente conforma un tercio de la población mundial. Si las comunidades rurales son desplazadas serán empujadas a las áreas marginales de las ciudades. No existe una nueva Revolución Industrial que pueda ofrecer empleo a tanta gente. La economía global tendría que crecer a un ritmo de 7% durante los próximos cincuenta años para poder absorber sólo a un tercio de esta mano de obra. Esto es imposible. La nueva transición agraria capitalista no solamente condena a un tercio de la humanidad a la desposesión, desempleo y miseria, pero además significa un caos global.

Conclusión

La forma en que producimos nuestros alimentos determina nuestra forma social. Pero también nuestras formas sociales determinan nuestros sistemas de producción y alimentación.

Aunque es verdad que mucho de la esfera pública en el mundo ha sido destruido por el neoliberalismo, gran parte de la alimentación todavía sigue una lógica de

comunidad, en lugar de una lógica de capital. Sólo 15% de la comida cruza fronteras y bastante más de la mitad de la comida del mundo es producida por campesinos y agricultores de pequeña escala. La tierra que actualmente está siendo incautada por especuladores y productores de monocultivos (86 millones de acres, o sea 35 millones de hectáreas) han dado lugar a la expansión de la resistencia rural, lo cual indica que la gente defiende su tierra y sus viviendas contra la lógica del capital. Además, aparentemente contrario a lo esperado, la gente está trabajando para restablecer las tierras comunes como forma de resistencia al régimen alimentario capitalista.

El racismo y el sexismo anteceden al capitalismo, pero se fusionan poderosamente con el clasismo durante el período de formación del régimen alimentario colonial y desde entonces, han estado evolucionando conjuntamente. La explotación y el despojo a lo largo de todo el continente Americano de las tierras, del trabajo y de la producción, aún son la base del sistema alimentario capitalista, tal como lo son el hambre, la malnutrición, las enfermedades alimentarias y el envenenamiento con químicos tóxicos. Los Afrodescendientes, los indígenas, las mujeres pobres y los niños, principalmente las niñas, sufren el embate de estas inequidades.

La inequidad afecta la resiliencia, o sea la capacidad de las comunidades y de las personas para reponerse de desastres provocados por el cambio climático, tales como inundaciones y sequías. La manipulada distribución de los recursos y la injusta exposición a las “externalidades” del sistema alimentario están enraizadas en las inseparables historias de imperialismo, colonización y patriarcado.

Pero cada forma de opresión genera formas de resistencia por parte de los trabajadores, campesinos, mujeres, indígenas y Afrodescendientes. Las luchas por la justicia, lejos de desaparecer, desarrollan nuevas estrategias y tácticas, producen nuevos líderes, se crean nuevas alternativas y condiciones para poder sobrevivir, resistir y luchar por los derechos humanos y agrarios. Entender las condiciones estructurales de las luchas de quienes son los más explotados y abusados por el sistema alimentario, es esencial para comprender no sólo la necesidad de un cambio profundo, sino los caminos hacia la transformación.

No podemos cambiar el sistema alimentario sin cambiar el capitalismo. Y al mismo tiempo, no podemos transformar el capitalismo sin cambiar el sistema alimentario. Y no podemos lograr ninguno de ambos sin acabar con el patriarcado, con el racismo y con el clasismo. Así que, si queremos cambiar el sistema alimentario debemos cambiarlo todo. Ciertamente, esta es una exigencia exagerada

para cualquier movimiento social. Sin embargo, la pregunta para el movimiento alimentario no es “¿cómo cambiarlo todo?”, sino “¿cómo se posiciona estratégicamente el movimiento agrario para impulsar una transformación?”

Claramente, una verdadera revolución alimentaria cambiaría completamente las relaciones sociales de patriarcado, racismo y clasismo en el sistema alimentario, y en la sociedad como un todo. Una revolución alimentaria también aplastaría el monopolio de la propiedad de los bienes de producción. Una revolución deshabilitará los mecanismos del poder monopólico: la personería legal de las corporaciones y los derechos de propiedad intelectual, la amnistía corporativa (exentos de pagar los daños ambientales y de salud), la financiación corporativa de la tierra, la especulación alimentaria, y la habilidad de comprar elecciones y determinar las políticas alimentarias, laborales y ambientales.

La siguiente pregunta es, por supuesto, ¿quién va a dirigir esta transformación? La historia indica que quienes tienen más necesidad en cambiar el sistema son los líderes más efectivos. Los campesinos han dirigido movimientos por reformas agrarias; los trabajadores han dirigido luchas por mejoras salariales y condiciones de trabajo; las mujeres han dirigido luchas por la equidad y el voto femenino; y los indígenas y Afrodescendientes han dirigido movimientos a favor de los derechos civiles, derechos humanos y los derechos de la Madre Tierra. Dos aspectos han sido esenciales en el éxito de todos estos movimientos: las alianzas entre clases y un liderazgo “orgánico” y legítimo.

Apoyando el liderazgo de las mujeres, los indígenas, los Afrodescendientes, de los campesinos, los pequeños agricultores y de los trabajadores alimentarios el movimiento alimentario avanzaría contundentemente hacía la transformación del capitalismo hacía otro sistema basado en criterios humanos y ambientales.

Alrededor del mundo las comunidades rurales resisten, combaten y evitan el régimen alimentario capitalista mientras construyen nuevas formas de producción y consumo. Estas comunidades se asientan precariamente en la borrosa división entre la economía de mercado y la economía moral, usando diferentes formas de producción y consumo de manera que les provea algún nivel de autonomía. Las formas de propiedad pueden ser individual, cooperativa, comunitaria o colectiva; el consumo puede ser local, extendido o mixto; la mano de obra puede ser familiar, pagada, recíproca, permanente o temporal; la producción puede ser rural, urbana, orgánica o no. La mezcla de estilos de producción y consumo depende del contexto de cada sistema alimentario local.

Juntos, los pequeños propietarios del planeta y la práctica de la agroecología constituyen *un medio y una barrera* para la expansión de la agricultura capitalista. Los pequeños propietarios subsidian la agricultura capitalista con la mano de obra barata y son un amplio tramo inferior del mercado de semillas e insumos químicos. Al mismo tiempo, la mano de obra familiar, las granjas pequeñas, la diversidad de cultivos, el conocimiento de los sistemas y la diversidad de estrategias de subsistencia preservan los sistemas de cultivo campesino, son barreras para la entrada de la agricultura capitalista. Esa es una de las razones por qué, aunque hayan sido marginados hacia las peores tierras cultivables del planeta, los pequeños propietarios persisten actualmente en la agricultura.

Mientras la agroecología se ha expandido ampliamente a través de los esfuerzos de ONG, movimientos campesinos y proyectos universitarios, sigue siendo marginal a los planes agrícolas oficiales y es minimizada por los recursos entregados a la ingeniería genética y tecnologías de la Revolución Verde. En contraste, la notable expansión de la agroecología en Cuba tiene sus raíces, en gran parte, en el fuerte apoyo estructural del gobierno. Al preguntar “¿Por qué no todos los agricultores practican la agroecología?” exige una pregunta anterior “¿Qué dificulta el crecimiento de la agroecología?” La respuesta simple es: el capitalismo.

El reto para nuestro planeta no es cómo sobre-producir alimentos industriales, pero cómo mantener a los pequeños propietarios en las tierras mientras producen de manera sustentable alimentos saludables. El reto no es tratar de diseñar mercancías climáticamente inteligentes o cultivos nutricionalmente fortificados, el reto es construir de manera integral, la nutrición y la resiliencia en todo el sistema agroecológico. Esto incluirá más—no menos—agricultores altamente capacitados. Para que esto suceda, los agricultores necesitan el apoyo de universidades, escuelas y gobiernos para desarrollar la agroecología frente a las condiciones del rápido cambio climático. Los mercados necesitan organizarse alrededor de los principios de paridad-igualdad. El área rural necesita ser un lugar bueno para vivir con electricidad, agua potable, facilidades sanitarias, carreteras, escuelas, actividades culturales, clínicas y servicios sociales. Ante todo, los agricultores del mundo necesitan suficiente tierra y recursos para poder vivir bien—*El Buen Vivir*. Esto requiere una inversión social en agricultura que el capitalismo no está dispuesto a hacer.

La agroecología se ha ocupado mucho de enfrentar la segunda contradicción de capital: la brecha metabólica, la tras-locación de nutrientes y la contaminación del

ambiente. Es hora que la agroecología también reconozca su papel en enfrentar la primera contradicción de capital: la crisis de sobreacumulación y la explotación del trabajador y productor.

No podemos elegir la situación para promover el cambio social, sólo podemos adaptar nuestro trabajo a las condiciones actuales. Para la agroecología, esto significa utilizar el momento de crisis para construir un movimiento de transformación poderoso, que sea capaz de movilizar a la resistencia e inspirar el cambio. Este giro significa construir intensas alianzas con y apoyar el liderazgo de las mujeres, los indígenas, los Afrodescendientes, los inmigrantes y otros quienes además de ser fundamentales en nuestro sistema alimentario, han sufrido al máximo bajo el capitalismo y actualmente sufren el ataque neoliberal contra sus derechos. No sabemos cuál será el resultado de esta lucha, pero sí conocemos el resultado si no luchamos. Como agroecólogos, es el momento de organizarnos y actuar para transformar el sistema alimentario. Jamás ha existido un mejor momento.